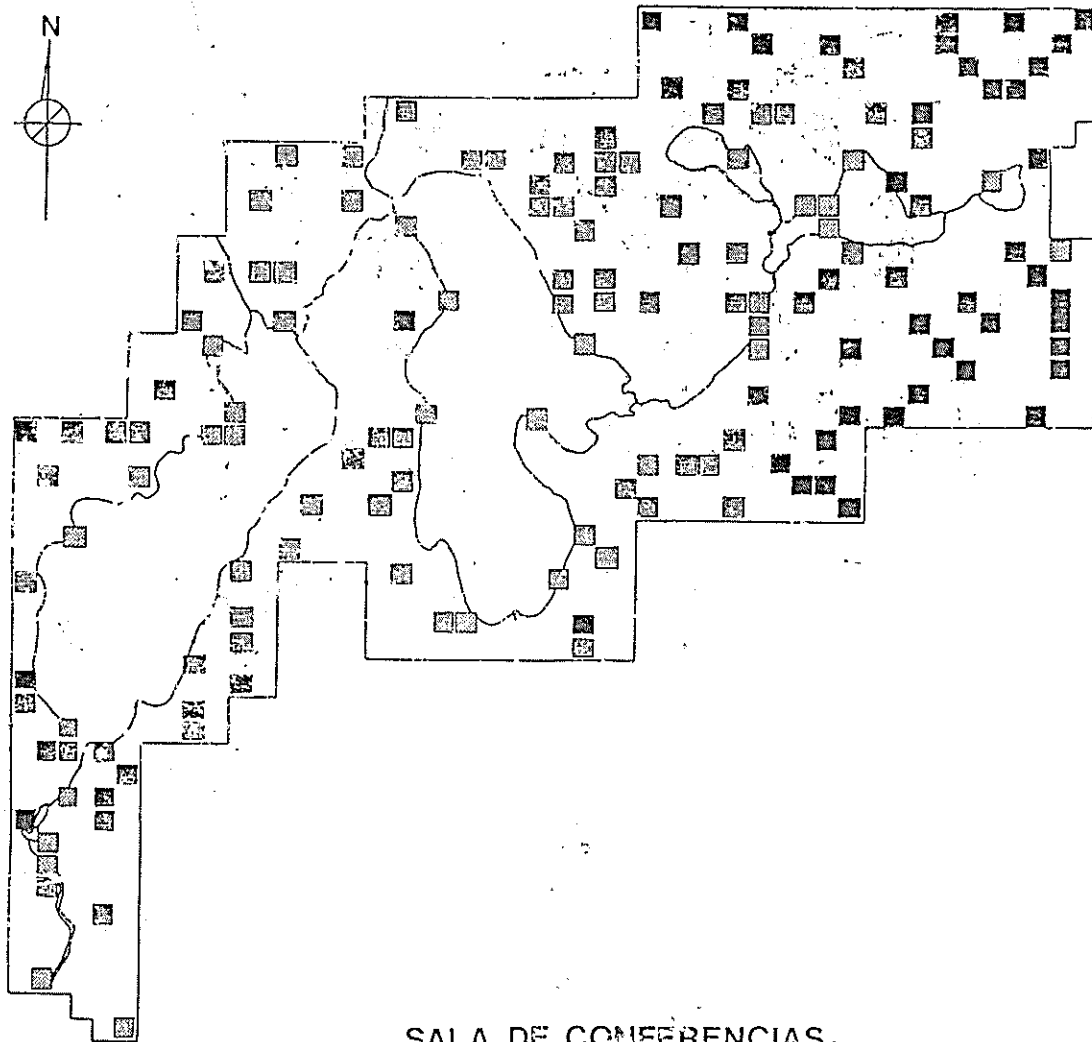


ARQUEOLOGIA Y CIENCIA

PRIMERAS JORNADAS



SALA DE CONFERENCIAS.
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL
Santiago-Chile

Agosto 1983

2568

060.97
582
1983
C.3

**ARQUEOLOGIA
Y
CIENCIA
PRIMERAS JORNADAS**

DONACION: CAROLINA BOTTO B., 11'88

22 al 26 de Agosto de 1983

MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL
Santiago - Chile

LA ARQUEOLOGIA: ¿ UNA CIENCIA SOCIAL?

Francisco Gallardo I.

¿Es la arqueología una ciencia social? Constituye para nosotros una interrogante que difícilmente podríamos contestar de manera total y acabada, sin embargo, es nuestro propósito intentar aquí esbozar un cierto conjunto de elementos constitutivos básicos, que a nuestro juicio permiten encaminar una respuesta.

En primera instancia, precisaremos algunos principios epistemológicos y metodológicos fundamentales e inexcluíbles de toda práctica científico-social, es decir, de la producción de conocimientos científicos en el dominio de la sociedad humana.

La realidad social que preocupa y es el primer foco de interés del cientista social, existe como un conjunto finito de hechos, como una totalidad jerarquizada y articulada de ellos. La realidad social existe como un todo estructurado que se desarrolla y autocrea. (cf. Kosik, 1967).

la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por tanto, no es algo caótico), que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en partes singulares o en su disposición) (op.cit.: 56)

De este principio epistemológico podemos derivar algunas consecuencias metodológicas de suma importancia, vale decir, que cada fenómeno del ámbito de lo social únicamente puede ser aprehendido y comprendido como elemento parte del todo. En otras palabras, un fenómeno social constituye un hecho histórico sí sólo si se le examina como un elemento de un determinado conjunto que cumple con

un doble cometido: por un lado, definirse a sí mismo, y por otro lado, definir el conjunto del cual es parte:

ser simultáneamente productor y producto; ser determinante y a la vez, determinado; ser revelador y, a un tiempo, describirse a sí mismo; adquirir su propio auténtico significado y conferir sentido a algo distinto. Esta interdependencia y mediación de la parte y del todo significa al mismo tiempo que los hechos aislados son abstracciones, elementos artificialmente separados del conjunto que únicamente mediante su acoplamiento al conjunto correspondiente adquiere veracidad y concreción. (op.cit.:6, el subrayado es nuestro).

En la práctica científico-social, y por consecuencia en el seno de la antropología, esto se traduce en que las relaciones sociales deben ser analizadas en cuanto totalidad y por ende en sus encadenamientos y efectos recíprocos; y que para analizar la génesis y evolución de un sistema social debemos primero analizar su lógica interna. No obstante, por si hubiese duda, esto de ningún modo autoriza desconocer que cualquier "segmento" de la realidad (p.e. economía, parentesco, religión, arte, etc.), configura una organización específica de relaciones encadenadas las unas a las otras según leyes internas propias, es decir, combinaciones definidas de elementos específicos que le son peculiares. Por tanto, es un esfuerzo estéril pretender 'reducir' una estructura a otra distinta o 'deducir' una estructura de otra (cf. Godelier, 1978).

Ahora bien, estos aspectos que guían la actividad científica, y que de uno u otro modo, consciente o inconscientemente, se han hecho manifiestos y significativos en el campo de los distintos trayectos teóricos en antropología, permanecen en la actualidad en el plano del acuerdo relativo. En tal sentido, estructuralismo y materialismo histórico se oponen al funcionalismo respecto a lo que debe entenderse por "estructura social". Para Radcliffe-Brown o Nadel, la estructura social es el conjunto de relaciones visibles de los hombres entre sí, que deviene de la propia complementariedad recíproca de estas relaciones (cf. Godelier, 1976; 1978). Por el contrario, para Lévi-Strauss, como también

para Marx (1), la estrecha proximidad entre las nociones de "estructura social" y de "relaciones sociales" a menudo ha provocado cierta confusión.

Las 'relaciones sociales' son la materia prima empleada para la construcción de los modelos que ponen de manifiesto la 'estructura social' misma. Esta no puede ser reducida, en ningún caso, al conjunto de relaciones sociales observables en una sociedad determinada. (Lévi-Strauss, 1970:251).

A partir de este apretado resumen, que enfatiza algunos aspectos del contexto epistemológico y metodológico de la ciencia social, y la antropología en particular, desearíamos introducirnos en el tema central de este trabajo.

En la actualidad el viejo aforismo de que la arqueología es antropología o nada (cf. Willey y Phillips, 1958), ha pasado a constituir un 'dogma' prácticamente inviolable al interior de los diversos discursos sostenidos por los arqueólogos que, de una y otra forma, han sido permeados por las influyentes tendencias norteamericanas post '60 (ver Klejn, 1977; Gándara, 1980; 98). Desde tales perspectivas, la arqueología desplazó su tradicional foco de interés hacia la explicación de las diferencias y semejanzas culturales en los restos arqueológicos de acuerdo al funcionamiento o evolución de los sistemas culturales responsables de las diversas formas de artefactos, asociaciones y distribuciones que son posibles de observar en el terreno (cf. Binford, 1972). En otra parte, Binford (1977) agregaría que todos los arqueólogos deberían aceptar que las observaciones arqueológicas constituyen hechos contemporáneos, y que estos hechos son esencialmente estáticos. En consecuencia, la tarea del arqueólogo es, por una parte, hacer enunciados significativos acerca del pasado a partir de hechos contemporáneos, y por otra parte, hacer enunciados significativos acerca de la dinámica desde hechos estáticos. Así, y desde una perspectiva análoga, Watson, Le Blanc y Redman (1974) concluirían que:

Los arqueólogos que trabajan como científicos sociales pretenden explicar el registro arqueológico y utilizarlo junto con toda

clase de datos para verificar leyes hipotéticas de procesos culturales. (op.cit.: 72).

Hasta aquí pareciera ser, en uno u otro caso, y más allá de la espectacularidad de la terminología, que la insistencia en estrechar artefactos y sociedad configura la base de un enunciado general, puesto que, como elementos indisolublemente ligados que aparecen una y otra vez, se nos presentan bajo la corriente fórmula de la arqueología (como antropología) es una disciplina cuyo objeto de estudio es el de reconstruir (bajo procedimientos científicos rigurosos) los sistemas culturales (y su evolución) a partir de un conjunto finito de artefactos (es decir, de distribuciones pautadas e interrelacionadas) (2). Esto pareciera un lugar común. Sin embargo, y pese a los renovadores esfuerzos y propósitos de los enunciados anteriores, creemos que en la base del razonamiento se presentan al menos dos dificultades importantes.

La primera de ellas, que reviste a nuestro juicio cierta confusión, encuentra su lugar explícito en la definición del objeto de estudio. En principio, debemos tener presente, que la acción de designar un contenido específico a un campo de actividad científica, de ningún modo significa que éste sea algo dado y exterior. Por el contrario, lo manifiestamente verdadero es que la delimitación de un objeto de estudio es algo construido desde el interior de la ciencia, y que por tanto no corresponde a ninguna parcela acotada que exista en el mundo real. Más aún, el encadenar al objeto de análisis el procedimiento de obtención de materiales empíricos, únicamente contribuye a generar confusión. Vale decir, que el hecho de que los sociólogos utilicen encuestas, los historiadores documentos escritos, los antropólogos observación participante y los arqueólogos restos materiales, no autoriza a definir el objeto de una disciplina por los modos peculiares que sirven de mediadores en cuanto producción de conocimientos científicos en el ámbito de la sociedad humana. De tal modo, por ejemplo, sería bastante extraño que los astrónomos (que estudian un fenómeno remoto análogo al de la arqueología) declararan que.

su interés central reside en descubrir los principios y leyes generales que rigen la estructura y dinámica del universo a través de lentes telescópicos complejos. De aquí, y como lo había anticipado Lumbreras (1974), que se pueda afirmar que la arqueología estudia sociedades y no artefactos (3). Las innumerables dificultades que se articulan en el análisis de estos últimos, no permiten invalidar a priori el enunciado anterior. Ahora bien, ciertamente que las técnicas pueden, en algún grado, servir como criterios de demarcación entre una disciplina y otra -aún cuando en muchas ocasiones pueden resultar complementarias-, ello no debe ser factor de opacidad en cuanto a la transparencia del propósito de todo cientista social, es decir, reconstruir mediante el pensamiento (a través de la práctica) las diversas formaciones sociales que existen o han existido en el curso de la historia humana, para, de tal modo, descubrir las reglas y principios que determinan su lógica interna y permiten su reproducción o no reproducción. Si tal voceada arqueológica antropológica, como ciencia social, desea un campo propio de antemano arbitrario, bien podría circunscribir su interés sobre todas aquellas formaciones sociales que preceden al modo capitalista de producción, y en las cuales los procedimientos estrictamente arqueológico adquieren relevancia y pertinencia en cuanto una etnografía tradicional (observación participante) es de hecho impracticable.

La segunda dificultad aparece en el preciso instante en que proponemos que la tarea del arqueólogo es hacer enunciados significativos respecto al pasado social 'reflejado' en las distribuciones artefactuales, o como Watson, Le Blanc y Redman han dicho, explicar los restos materiales para verificar leyes hipotéticas. En uno u otro caso, y más allá del neopositivismo explícito, se omite y olvida abiertamente que los antropólogos nunca 'elaboran enunciados significativos' con respecto a la realidad social antes de poseer una etnografía. Oblitera, por tanto, que para explicar una o cualquiera totalidad social históricamente

determinada, debe accederse siempre primero a un nivel descriptivo necesario. Veamos pues, cómo un arqueólogo puede enfrentar y resolver este dilema. En primer lugar, debemos recordar que la etnografía es una descripción organizada de las relaciones sociales visibles de una sociedad individual, y que además, suele limitarse a un único período de tiempo (cf. Bock, 1977). Y, en segundo lugar, que el conocimiento empírico que nos provee el trabajo de campo en arqueología (prospección y/o excavación) no es un análogo adecuado para el trabajo de campo en antropología (etnografía), pues, si acaso logramos arribar a algún tipo de relación social (de práctica social), eso sólo es el producto terminado de una inferencia rigurosa (mediante diversos procedimientos arqueológicos y no arqueológicos, que cumplen con los requisitos lógicos del método científico) y que únicamente es obtenido al final, en lo que podríamos llamar trabajo de laboratorio y gabinete (p.e. Longacre, 1964). Debido a esto, intentar establecer una identidad entre la descripción etnográfica y algún paso en la obtención de data en arqueología, suponga tener presente dos cuestiones diferentes lógicamente interrelacionadas: 1) Que una relación social en arqueología (p.e. una práctica religiosa, económica, etc.), es el producto resultado de un complejo proceso, que en términos ideales se inicia en el terreno y termina en el laboratorio y/o gabinete, y 2) Que una etnografía en arqueología únicamente es posible en la medida en que el esfuerzo del arqueólogo se desplace necesariamente a lo que Chang (1968; 1972) ha definido como asentamiento arqueológico (que nosotros preferimos llamar sistema de asentamiento): la localidad física o conjunto de localidades en las cuales los miembros de una sociedad vivieron, asegurando su subsistencia, y ejercieron sus funciones sociales en un período de tiempo delineable, en otras palabras, la forma concreta en que se distribuyeron las actividades de una sociedad dada, en un tiempo dado (ver también Trigger, 1967; 1968; Rouse, 1973; y para casos concretos vecinos Nuñez, 1980; Nuñez y Zlatar, 1980). Los obstáculos objetivos que impone su adecuación y su resolución, no

invalida de antemano su proposición. En síntesis, un sistema de asentamiento arqueológico (además de ser una realidad empírica observable), constituye para el arqueólogo-antropólogo un instrumento operacional que cumple con la función de "reflejar" (4), con distintos grados de transparencia y opacidad, una totalidad social en un momento temporal delineable de su desarrollo, que con los diversos procedimientos arqueológicos y no arqueológicos (ciencias auxiliares), al interior de un marco explícitamente científico (5), nos permite reestablecer una etnografía ignorada y largamente postergada.

Para finalizar, quisiéramos destacar que la resolución provisional e incompleta de las "dificultades señaladas, únicamente han tenido en la medida que nos advierte y protege ante la transgresión de los principios epistemológicos y metodológicos, que indicábamos al inicio de este trabajo: la realidad social existe como totalidad estructurada en vías de desarrollo y auto-creación; que las relaciones sociales no pueden ser estudiadas una a una, sino más bien en su conjunto y efectos recíprocos, y por último, que antes de emprender el análisis de la génesis y evolución de una sociedad debe realizarse un análisis del sistema en su lógica interna. Lograr coincidencias con estos requisitos fundamentales e imprescindibles en cualquier investigación científica de los hechos sociales, es un paso que nos encadena más estrechamente al plano de la antropología, y nos aproxima al propósito de la ciencia social.

Pensamos que si la arqueología debe ser una ciencia social, no puede dejar de lado una reflexión que, como ésta, se origina en la necesidad de establecer una práctica científica esencialmente creativa que domine por sobre esos fijismo e inmutabilidades en los que todos solemos caer. Antes de concluir, deseáramos hacer un último alcance aunque sólo sea de paso en cuanto una proyección adicional e implícita en nuestro argumento. En alguna parte de este breve artículo señalábamos que funciona-

lismo se oponía a estructuralismo y materialismo histórico en cuanto a la concepción que tenían respecto a la "estructura social", vale decir, una oposición y enfrentamiento irreduntible entre filosofías positivistas y antipositivistas. En tal sentido, la esquemática aproximación en cuanto a qué es y qué hace un arqueólogo antropólogo, considerando como cientista social, crea según nosotros una innegable apertura a perspectivas teóricas que una y otra vez han tenido que posponer una "intervención" efectiva en arqueología, debido principalmente al agobiante clima positivista que ha permeado la constitución y desarrollo de la disciplina. Con esto creemos ingenuamente disipar, aunque sólo sea superficialmente, las dudas vertidas en los valiosos trabajos de Felipe Bate, cuando éste decía que:

Hoy en día no se puede desconocer las posibilidades que ofrece el materialismo histórico (...). Pero falta dar el salto cualitativo de lo posible a lo real. (1978:9).

Santiago, Agosto de 1983.

NOTAS

(1) "En la competencia todo aparece al revés. La forma acabada que revisten las relaciones económicas tal como se manifiestan en superficie en su existencia concreta y, por lo tanto, también como se la representan los agentes de esas relaciones y los que las encarnan cuando tratan de comprenderlas, es muy distinta de su estructura interna esencial pero oculta, del concepto que le corresponde. De hecho es precisamente lo contrario" (Marx en Godelier, 1969:27).

"La economía vulgar se limita a traducir, sistematizar y precognizar doctrinalmente las ideas de los agentes de producción cautivos de las relaciones de producción del régimen burgués. Por eso no debe causarnos asombro el que la economía vulgar se encuentra como pez en el agua precisamente bajo la forma más extraña de manifestarse las relaciones económicas, en la que éstas aparecen prima facie como contradicciones perfectas y absurdas -en realidad, cada ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de estas coinciden directamente." (Marx, 1966 (1894) t, 3 sec.7 cap.48:756-757)

(2) Conscientemente hemos dejado fuera una corriente posterior que al parecer ha encontrado muchos adeptos, ha saber, la "Arqueología conductual" desarrollada principalmente por Michael Schiffer. Esta ha sido definida como el estudio de los objetos materiales independientemente del tiempo y del espacio en orden a describir y a explicar conducta humana (cf. Reid, Schiffer y Rathje, 1975). A nuestro parecer, así formulada, la Behavioral Archeology tiende a la constitución de una disciplina "un tanto" diferente a la idea que hemos desarrollado en este trabajo, y es algo así como elaborar una "ciencia" en términos de cómo distribuciones discretas de artefactos reflejan conducta, o bien, cómo las conductas producen distribuciones pautadas de artefactos. Pues no creemos que Schiffer pretenda explicar la conducta humana a partir de restos materiales.

B.

Ba

Analizar esta vertiente es sin duda motivo para un trabajo específico adicional, ya que, pese al comentario, las nociones elaboradas para la generación de una teoría arqueológica, merecen mayor atención.

- (3) Utilizamos la noción de artefacto en el sentido de toda aquella parte del medio natural que consciente o inconscientemente ha sido modificada por el hombre.
- (4) La metáfora del reflejo utilizada aquí, podría llevar a equívocos, y es por ello que necesita un breve comentario. El científico, cualquiera sea su especialidad, se enfrenta a la realidad y ciertamente ella no hablará por sí sola: esto dependerá únicamente de la actividad intermediadora entre sujeto y objeto. Dependerá en definitiva de la capacidad del cientista de ejercer una práctica concreta y específica que le permita aprehender la realidad que le preocupa: La realidad hablará con sentido, entregándole de sí su estructura, sus relaciones, su proceso (lo que es esencial), sólo ante la presencia de un sujeto inquisitivo que la interroga, que busca activamente su comprensión mediante la generación y contrastación de hipótesis o conjuntos de hipótesis explicativas (cf. Razeto, 1972:23).
- (5) No debe entenderse como explícitamente positivista. Sólo enfatizamos en la necesidad de explicitar los encadenamientos lógicos utilizados en la explicación del registro arqueológico (p.e. la demostración específica de cómo tal o cual distribución de artefactos refleja tal o cual relación social).

BIBLIOGRAFIA.

Bate, L.F.

1978

Sociedad, Formación Económico Social y Cultura.
Ediciones Cultura Popular, México D.F.

- Binford, L.
 1972 An Archaeological Perspective. Seminar Press, New York. Lon
 1977 For Theory Building in Archaeology. Academic Press, New York. 19
- Bock, P.
 1977 Introducción a la Moderna Antropología Cultural. F.C.E. Lumb
 México D.F. 19
- Chang, K.C.
 1968 Toward a Science of Prehistoric Society. En Settlement Marx
Archaeology, K.C. Chang (Ed.). National Press Book, 19
 California, 57-78. Núñez
 1972 Settlement Patterns in Archaeology. An Addison-Wesley 198
 Module in Anthropology, Module 24
- Gándara, M.
 1980 La vieja 'nueva arqueología' (primera parte). Boletín Núñez
de Antropología Americana, 2:7-45. 198
 1981 La vieja 'nueva arqueología' (segunda parte). Boletín
de Antropología Americana, 3:7-45 Razet
 1972
- Godelier, M.
 1969 Notas sobre el concepto de estructura y contradicción. Rouse,
 En Aproximaciones al Estructuralismo, Varios Autores, 1973
 Editorial Galerna, B. Aires.
 1976 Antropología y Biología. Editorial Anagrama, Barcelona.
 1978 Enfoques Funcionalista, Estructuralista y Marxista. Reid, J;
 En Economía, Fetichismo y Religión en las Sociedades Rathje,
Primitivas, Maurice Godelier, Siglo Veintiuno Editores, 1975
 España, 132-175. Trigger
 1967
- Klein, L.
 1977 A Panorama of Theoretical in Archaeology. Current Anthro-
pology 18 (1): 1-42. 1968
- Kosik, K.
 1967 Dialéctica de lo Concreto. Editorial Grijalbo, México D.F.

Longacre, W.

1964 Archaeology as Anthropology: a Case of Study.
Science 144 (3625): 1454-55.

Lumbreras, L.

1974 La Arqueología como Ciencia Social. Ediciones Histar, Lima.

Marx, K.

1966(1894) El Capital. Tomo 3, F.C.E., México D.F.

Núñez, L.

1980 Hipótesis de Movilidad Transhumántica en la Puna de Atacama: Quebrada de Tulan. Actas del 5º Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Juan, Tomo 1:19-46

Núñez, P. y Zlatar, V.

1980 Coexistencia de comunidades recolectoras-cazadoras. Actas del 5º Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Juan, Tomo 1:79-92.

Razeto, L.

1972 Introducción a las Ciencias Sociales. Ediciones de la Universidad Técnica del Estado. Santiago de Chile.

Rouse, J.

1973 Introducción a la Prehistoria. Ediciones Bellaterra, España.

Reid, J; Schiffer, M. y

Rathje, W.

1975 Behavioral Archaeology: Four Strategies. American Anthropologist 77 (4):865-867.

Trigger, B.

1967 Settlement Archaeology-Its Goals and Promise. American Antiquity 32 (2):149-160.

1968 The Determinants of Settlement Patterns. En Settlement Archaeology, K.C.Chang (Ed.), National Press, Palo Alto, California, 53-78.

Watson, P., Le Blanc, S

y Redman, Ch.

1974 El Método Científico en Arqueología. Alianza Editorial,
Madrid.

Willey, G. y Phillips, P.

1958 Method and Theory in American Archaeology. University
of Chicago Press, Chicago.

C
E
C
Y
f
d
v.
de
ci
mu
et
en
de
de
ha
que
o,
mic
log
inv
bar
per
dis
ción
mo